

cuerpo doctrinal sino que dentro de ella encontramos un pluralismo innato. Por otra parte, es innegable la conexión de estos desarrollos filosóficos con la tarea teológica, aunque es característico de los escritos filosóficos de cristianos el gran peso que tienen en ellos elementos filosóficos que no tienen un origen bíblico: el filósofo está en constante diálogo con sus colegas no cristianos, cuyo pensamiento conoce muy bien. Por otra parte, el filósofo ha de afrontar a menudo la tarea de explicarse ante auditorios que no comparten su fe cristiana, lo cual le lleva a elaborar un tipo de discurso original en el cual —sin renunciar a sus convicciones religiosas— ha de acudir a nuevos puntos de apoyo que el teólogo nunca se plantea, o plantearse cuestiones —como por ejemplo, la existencia de Dios— que para el teólogo son obvias y carecen de interés vivo.

J. M. Otero

Jack A. BONSOR, *Athens and Jerusalem. The role of philosophy in theology*, Paulist Press, Mahwah 1993, 183 pp., 15 x 23.

Atenas y Jerusalén se encamina a mostrar, como su autor indica, que «la ortodoxia no requiere de una filosofía específica. O, dicho positivamente, el trabajo teológico requiere una continua conversación entre la fe y las filosofías» (p. 168). El autor analiza las relaciones entre fe y razón a lo largo de la historia, fundamentando su trabajo en la descripción que Heidegger hace del hombre como ser-en-el-mundo y, siguiendo a Gadamer, al entender que el significado no es alcanzado primariamente por el sujeto sino que es una realidad pública depositada en el mundo, en el lenguaje y en los modos de ser que constituyen el tiempo y el espacio.

Ante la evidencia del pluralismo filosófico y teológico el autor se pregunta cómo se puede afirmar un significado común a la fe, o lo que es lo mismo, en qué radica la unidad de la fe. Después de considerar cómo se plantean la cuestión diversos autores —Sokolowski, Rhaner, Lonergan y Chirico— concluye que éstos encuentran la unidad de la fe viendo algo inmutable bajo las categorías explícitas de la escritura y la doctrina. Sin embargo parece problemático basar la unidad de la fe en un significado inefable subyacente a la tradición; y, sobre todo, se constata la ausencia de consenso sobre esa significación universal.

El autor sugiere que no hay que buscar nada debajo —detrás— de la tradición para encontrar la unidad de la fe. Para él la unidad de la tradición cristiana radica precisamente en sus elementos perennes, concretamente, en el hecho de que en toda época los cristianos católicos hayan proclamado y vivido a Cristo presente en la Escritura y en la doctrina de la Iglesia. La lectura del Evangelio, la celebración de la Eucaristía, la profesión de la fe, el mandamiento del amor se comprenden, apropian, explican, enriquecen y viven de diferentes maneras a lo largo de la historia y es en esta pluralidad de expresión donde reside la unidad de significado.

Bonsor sostiene que la unidad de la verdad cristiana radica en los elementos comunes constitutivos de la existencia cristiana en todo tiempo y lugar; no hay que buscar una característica previa, no reconocida por la subjetividad humana, en la que poner un significado común. Por tanto no se puede absolutizar una única apropiación de la fe porque el significado común que une la fe está depositado en la Escritura, en la doctrina, el culto y la praxis común de todos los cristianos de todas las épocas.

La pluralidad de la filosofía, la teología y la reflexión sobre la formulación de la teoría y la praxis refleja cómo esos elementos comunes son apropiados dentro de la variedad de contextos que constituyen la historia de la fe. La pluralidad de interpretaciones no constituye una amenaza para la unidad del cristianismo, no es un problema a superar, pues la palabra de Dios se ha encarnado realmente, y es una palabra dicha dentro de la historia humana. Su apropiación en la efectividad histórica despliega el misterio del Absoluto que para siempre elude la comprensión humana. Por ello se puede afirmar que las diversas perspectivas filosóficas han revelado y enriquecido la comprensión de la revelación de Dios en Cristo.

El autor —consciente de que esta afirmación requiere una mayor explicación— sólo pretende mostrar cómo diferentes autores han relacionado filosofía y teología en la dirección de su proposición.

M. Codina Blasco

J. A. DINOIA, *The Diversity of Religions: A Christian Perspective*, The Catholic University of America Press, Washington 1992, 199 pp., 14 x 21, 5.

La discusión teológica acerca del pluralismo religioso es desde hace años especialmente abundante. El principal problema planteado no es muy novedoso, pues la salvación de los no bautizados ha sido una cuestión clásica por la cual se han interrogado muchos teólogos desde hace siglos. Lo que atiza el fogoso interés que hoy en día presenta este tema es sin duda un hecho social: la creación a través de los medios de comunicación de lo que MacCluhan denominara «la aldea global». Este hecho, que afecta a toda la humanidad presen-

te, repercute en la conciencia más viva que los fieles cristianos adquieren acerca de la extensión de la pluralidad religiosa y del agnosticismo.

Esta conciencia de diversidad suscita problemas intelectuales en el cristiano, porque forman parte de la revelación divina que ilustra su fe dos elementos nada fáciles de compaginar: que Cristo es el único Camino de salvación y que la universalidad caracteriza la voluntad salvífica de Dios. Ambas verdades están nítidamente expuestas en el Nuevo Testamento.

La función del teólogo consiste en explicar de un modo razonable cómo se compaginan dos misterios de fe que aparentemente llevarían a conclusiones prácticas contrarias: excluir de la salvación por principio a quienes no se unen a Cristo por la fe de la Iglesia y los sacramentos —los no bautizados—; o bien, relativizar los susodichos fe y sacramentos, relativizando simultáneamente a Cristo Mediador, y dar carta de crédito a las instituciones tradicionales de todas las religiones como medios salvíficos.

La investigación teológica sobre estas cuestiones ha visto la necesidad de hollar nuevos caminos, pues una premisa de dicho estudio es el conocimiento de la esencia de la religiosidad y de sus formas características de manifestación, así como la reflexión sobre la naturaleza de la fe. El camino abierto de este modo ha sido denominado *teología de la religión*, porque el teólogo está convencido de que la fe cristiana no introduce un elemento de partidismo o parcialidad en su reflexión, sino que por el contrario es la vía más sólida para alumbrar lo que fundamentalmente es un misterio divino: la economía de la salvación.

Esta obra de DiNoia se sitúa en el ámbito que se acaba de describir: el de